

Reseñas

INGA CLENDINNEN, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*, Cambridge University Press, Cambridge Latin American Studies, núm. 61, 1987.

El fascinante ensayo de Inga Clendinnen constituye un aporte significativo a dos discusiones a la vez. Por una parte contribuye al esclarecimiento de la fase inicial del dominio colonial español en América. Ciertamente, el caso de la península yucateca fue en muchos aspectos diferente del de otras regiones del continente. Pero si se concibe también esta época histórica más como un mosaico polifacético que como un bloque homogéneo, entonces este libro puede convertirse en un interesante impulso para revisar la historiografía sobre aquellas décadas en otras regiones de América Latina. Por otra parte, este trabajo de la profesora de historia en la universidad australiana La Trobe plantea de nueva cuenta el sentido y las posibilidades de su disciplina en la medida en que se relaciona con la problemática central de las ciencias antropológicas, a saber, el contacto cultural. De este planteamiento no sólo derivan propuestas metodológicas sugerentes, sino también una aportación a la discusión general sobre el carácter de las ciencias sociales como campo de conocimiento.

El tema central en torno al cual está construido *Ambivalent Conquests* es la investigación inquisitorial realizada por el provincial franciscano Diego de Landa y un buen número de sus frailes a mediados de 1562 en la región de los poblados de Mani, Sotuta y Homun, actualmente pertenecientes al área centro-sur del estado de Yucatán. La investigación (cap. 6) se inició por la noticia de que dos indios mayas hallaron accidentalmente un escondite de "ídolos" paganos, donde también se encontró cierto número de cráneos humanos. Este testimonio irrefutable sobre la vigencia de la antigua religión tomó por sorpresa a los frailes, pero las primeras indagaciones se toparon con múltiples confesiones de la existencia de cultos de origen prehispánico que, al menos en parte, se habían apropiado de espacios y símbolos cristianos.

Primero sólo los misioneros de Mani, después todo un equipo dirigido por Landa, organizaron durante varios meses una escalofriante y terrorífica indagación inquisitorial en toda el área, durante la cual se interrogó bajo tortura a varios miles de indios, se atemorizó a otros tantos a tal grado que abandonaron sus hogares y poblados, se celebró el tristemente famoso "auto de fe" del 12 de julio en Mani, se destruyó gran cantidad de códigos, figuras de culto y huesos de ancestros mayas y se castigaron con azotes, cárcel y trabajos forzados a los idólatras confesos. El desdén por la legalidad hispánica vigente mostrado por los religiosos y la crueldad con que trataron a los indios, a quienes en muchas ocasiones habían defendido de los maltratos infligidos por los conquistadores y encomenderos, y los trastornos ocasionados en las encomiendas por las huidas de los indios y el descuido de las siembras, llevaron a un sector significativo de los blancos, entre ellos un antiguo vicario de los pueblos afectados, a quejarse ante autoridades civiles y eclesiásticas. La llegada del nuevo obispo para Tabasco y Yucatán, el también franciscano Francisco de Toral, coincidió con el momento de la recopilación por Diego de Landa de confesiones de culpa más atroces aún, donde constaban sacrificios humanos recientes y la práctica de la crucifixión para tales fines.

De Toral, quien años atrás había patrocinado el famoso estudio de Bernardo de Sahagún, del que hubo que concluir que la cristianización de los indios mexicanos había sido, ante todo, un acto formal y exterior, se convirtió desde su llegada en el contrincante de Diego de Landa ya que consideró su conducta como una reacción injustificada y exagerada frente a "nada más que idolatrías triviales, el resultado de la indolencia y de lo inadecuado de las enseñanzas de los frailes" (p. 96). Cuestionó severamente la veracidad de los testimonios obtenidos mediante la tortura, prohibió en seguida el uso de ésta y después de unos meses puso definitivamente término a toda la acción. Los indios encarcelados fueron liberados y Diego de Landa forzado a regresar a España mientras que el alcalde de Mérida, quien había apoyado a los frailes, fue destituido.

Lo que desde un punto de vista superficial se presenta como el enfrentamiento de dos personalidades fuera de lo común o como una crisis pasajera en una provincia relativamente pobre y de poca importancia del imperio español, adquiere en la perspectiva de Inga Clendinnen el carácter de un cambio decisivo en la historia de la península yucateca. En los capítulos precedentes había reconstruido, con base en la documentación de la época y los estudios de otros especialistas, los primeros contactos —casi siempre bélicos y altamente desfavorables para los invasores— entre los españoles y los mayas a partir del viaje de Francisco Hernández de Córdoba en 1517 (cap. 1) y la expedición de Francisco de Montejo diez años después, que termina con un fracaso tal

que durante todo un lustro no hay presencia española en la península, cosa que puede haber convencido a los mayas de haberlos repelido para siempre (cap. 2). No es sino hasta los años cuarenta que se establecen los colonos en la región (cap. 3), seguidos por los misioneros franciscanos y sus particulares métodos de evangelización masiva (cap. 4), que incluían entre otras cosas la concentración forzosa de los hogares mayas tradicionalmente dispersos. A lo largo de los capítulos que narran el incidente central del libro así como en las dos últimas partes de esta primera sección del mismo (“Retrospections” y “Epilogue: The hall of mirrors”), la autora intenta una comprensión de los hechos. Para ello parte de la coyuntura histórica general de la consolidación del dominio colonial español y se centra en la dilucidación de las motivaciones y las acciones de algunos de los actores principales del drama, los frailes franciscanos. La espiritualidad particular de quienes se deciden por la misión en el Nuevo Mundo; su concepto de evangelización de los indios paganos como una empresa gradualista y masiva, que no puede permitir regresiones; su paternalismo, que se expresa igualmente en la defensa de los indios maltratados por otros blancos que en la percepción de la idolatría de sus feligreses como apostasía y, al mismo tiempo, como ofensa y traición de tinte personal todo ello lleva a la autora a concebir que en el fondo se trata de un problema de autoridad, que para los implicados parece poner en juego su tarea misionera entera.

La segunda parte del libro se ocupa de la contraparte en el conflicto, los indios. Se inicia con una interesante discusión de orden metodológico (cap. 9) en la que se propone una combinación de diversas fuentes de tipo arqueológico, etnohistórico y etnográfico, misma que recientemente se ha propuesto para el estudio del Templo Mayor (Broda, 1987). En concreto, inspirada por el procedimiento seguido por E. Thompson en sus trabajos sobre la historia de la clase obrera en Inglaterra, la autora sugiere una lectura de documentos como los estudiados en la primera parte del libro, que intente “quitar el capullo de la interpretación española para descubrir la secuencia de las acciones indias y tratar después de revelar la pauta de estas acciones como un camino para inferir la comprensión compartida que las sostiene” (p. 132). Los elementos así obtenidos deben compararse cuidadosamente con reportes etnográficos recientes en el área de estudio. Ambos tipos de datos serán vinculados con los poquísimos escritos mayas que escaparon de la incineración inquisitorial, especialmente el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, obra de la cual, por cierto, se ha puesto en circulación recientemente una edición muy accesible (De la Garza, 1985).

Con base en estos materiales, Inga Clendinnen ofrece en los tres capítulos siguientes un apretado esbozo de rasgos significativos de la vida tradicional maya a comienzos del siglo XVI, haciendo referencia

a la ecología de la región y la milpa, a patrones de asentamiento, a las funciones fundamentalmente ceremoniales de los lugares de tipo urbano, el *status* y la reproducción de la élite política basados en el control de determinados conocimientos, a la organización social por linajes y aspectos clave de la cosmovisión tales como el sentido del tiempo y el significado de la mutilación corporal y del asesinato ritual no como sacrificio sino como modo de obtener la sangre que necesitan las deidades. Al mismo tiempo demuestra cómo a pesar de lo destructivo de la conquista y de lo impositivo de la colonización, la encomienda y la cristianización, se dieron muchas continuidades, por ejemplo, en la estructura de poder, donde la administración española favoreció un tipo de “gobierno indirecto” y los misioneros escogieron preferentemente a los hijos de la élite para una catequesis más intensiva. En este sentido, el contacto cultural también en la esfera de la cosmovisión —no solamente ideas, sino también percepciones, prácticas rituales y modelos de conducta— se constituyó en un espacio de interpenetración, donde la tradición maya logró acomodarse sorprendentemente bien a las circunstancias cambiadas e incluso apropiarse de determinados elementos traídos por los misioneros cristianos, sin que ello haya tenido el significado de una conversión como la entendían los franciscanos (para este punto véase también la nota 4 de la p. 126).

El análisis de todos estos elementos, aunado a un examen francamente detectivesco de los textos conservados de las confesiones (se reproducen varias en el apéndice documental), lleva la autora a concluir que todos los sucesos de la segunda mitad de 1562 deben considerarse como una gigantesca y trágica “confusión de idiomas”, expresión que encabeza también el apartado final de la obra. Esta confusión llevó, finalmente, también a otras paradojas. Así, después de su regreso a España Diego de Landa redacta su célebre *Relación de las cosas de Yucatán*, donde su papel en el “conflicto misionero con la cultura nativa” (Palerm, 1974: 187) es fuertemente mitigado, donde se observan un tono nostálgico y recuerdos un tanto transfigurados (p. 118), pero donde —desde luego sólo con referencia a los seculares— se vuelve a subrayar que “yerran mucho los que dicen que porque los indios han recibido agravios, vejaciones y malos ejemplos de los españoles, hubiera sido mejor no los haber descubierto, porque vejaciones y agravios mayores eran los que unos a otros se hacían perpetuamente matándose, haciéndose esclavos y sacrificándose a los demonios” (De Landa, 1966: 139). Francisco de Toral, por su parte, sustituyó paulatinamente su visión original de los indios como seres adultos y racionales pero inadecuadamente evangelizados y explicablemente influidos por sus costumbres ancestrales, por una concepción donde los veía ya solamente como víctimas. El bloque que logró Diego de Landa en Europa con respecto al envío de nuevos misioneros a su diócesis, se sumó

a los estragos causados por la acción inquisitorial de tal manera que los esfuerzos pastorales del obispo Toral, parecían inútiles para reconstruir la Iglesia entre la población maya, situación que lo hundió con el tiempo en el aislamiento y la desilusión. Después de su muerte, Diego de Landa logra sucederlo y vuelve a Yucatán en 1573 con un numeroso grupo de franciscanos. Pero ya su primera indagación sobre casos de idolatría provoca una fuerte reacción de los indios afectados, la queja del gobernador y la decisión de la Audiencia de México de pedir la renuncia al nuevo obispo. La muerte de Landa, unos años más tarde, pone fin a este nuevo conflicto. Para los mayas, finalmente, los sucesos de 1562 significaron el indicador terminante de que el enfrentamiento sostenido durante casi medio siglo con los invasores blancos había sido decidido definitivamente en su contra y que se había abierto un nuevo ciclo del tiempo, en el cual se encontraban sometidos a un nuevo sistema de dominio y donde la resistencia física y cultural precisaba de nuevas estrategias.

El estilo seductor del libro y su convincente estructura narrativa lo hacen accesible tanto para especialistas como para un público más amplio. Los primeros, especialmente los historiadores, tendrán seguramente muchas preguntas sobre el manejo de determinados materiales y una serie de discusiones eruditas que la autora toca solamente de paso. Otros lectores se preguntarán si no hubiera sido conveniente vincular varios aspectos tratados con la mentalidad misionera fraguada durante la "reconquista" ibérica con el conocido debate sobre el estatuto del indio americano, que se estaba librando en aquellos años. Pero también puede considerarse que precisamente este tipo de cuestiones debería ser tratado en un estudio más comparativo y más comprensivo de esta etapa inicial de la colonia española en América.

Desde el punto de vista de la antropología, *Ambivalent Conquests* se presenta como una sinfonía dramática, donde paisajes y pensamientos, situaciones conflictivas y actores sociales, símbolos y sentimientos, instituciones y conductas, imágenes y percepciones consueñan armónicamente. Con extraordinaria sensibilidad, pero sin especulaciones gratuitas, la autora logra adentrarse en una alteridad sociocultural (para esta concepción de la antropología véase también Krotz, 1987: 286-287) y su comunicación vivida. No se explican fatalidades históricas de la agresiva expansión de la civilización europea —que iba a consumarse tres siglos más tarde con mecanismo semejantes—, sino se aclaran pautas culturales, se hacen comprensibles procesos sociales y por ello también motivaciones de seres humanos concretos. Como otras sinfonías compuestas sobre este tema —la película recientemente estrenada "La Misión" sobre el fin de las reducciones jesuítas en Paraguay es otra de ellas— deja una sensación de tristeza sobre *otra* oportunidad perdida de un *encuentro* y hace aparecer la realidad actual de América Lati-

na, en este caso concreto la de Yucatán, con nuevos relieves. Pero también conforta, porque demuestra la posibilidad de *comprender*, aunque sea aproximadamente y con grandes esfuerzos, otras formas de vida, condición de posibilidad para una sociedad mundial verdaderamente plural.

ESTEBAN KROTZ

Referencias

- Broda, Johanna, "Etnohistoria y metodología interdisciplinaria: experiencias y propuestas para el futuro", ponencia presentada en la XX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1987.
- De la Garza, Mercedes (ed.), *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, Consejo Nacional de Fomento Educativo-SEP, México, 1985.
- De Landa, Diego, *Relación de las cosas de Yucatán*, Porrúa, México, 1966 (9a. edición).
- Krotz, Esteban, "Utopía, asombro, alteridad: consideraciones metateóricas acerca de la investigación antropológica", en *Estudios Sociológicos*, vol. 5, núm. 14, 1987, pp. 283-301.
- Palerm, Angel, *Historia de la etnología: los precursores*, SEP-INAH, México, 1974.

VARIOS AUTORES, *Crisis del sindicalismo en Bolivia*, FLACSO, ILDIS, CLACSO, La Paz, 1987.

Con la llegada al poder de Víctor Paz Estenssoro en 1985, el sindicalismo de Bolivia ha tenido que hacer frente a la aplicación del decreto 21060, el cual ha sido el punto de partida del cuestionamiento de una serie de garantías laborales: supresión de la inamovilidad laboral, descenso dramático del salario real, prolongación de la jornada, generalización del trabajo eventual y retiro forzoso del personal con más de 40 años de antigüedad. Dicho cuestionamiento ha ido acompañado de un cambio radical en la relación entre el movimiento obrero y el Estado. En dicho cambio se centraron las discusiones de un seminario efectuado en La Paz los días 7 y 9 de septiembre de 1987, bajo los auspicios de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Los trabajos presentados en el seminario se agruparon en el libro que nos ocupa, cuya inmediata publicación nos obliga a ser igualmente oportunos para reseñarlo.

La característica sobresaliente del seminario y del libro que de él resultó es la amplitud con que trata el tema de la crisis del sindicalismo en Bolivia. No se trata sólo de presentar una visión de conjunto sino de ilustrar dicha crisis por medio de una detallada consideración de lo ocurrido en los diversos sectores de la clase obrera boliviana: mineros, obreros fabriles, sectores medios y campesinos. De esta manera,

aparece una imagen que rinde cuenta de la especificidad sectorial de dicha crisis pues, en efecto, el impacto de la aplicación del decreto 21060 no fue el mismo en todos los grupos ni sus consecuencias son homogéneas para cada uno de ellos.

Al inicio del seminario, Gustavo Rodríguez y Carlos Bóhrtr trataron de caracterizar la crisis del sindicalismo boliviano en términos de la pérdida de eficacia del proyecto político de la clase obrera boliviana. Aquel proyecto político de 1952, en el que la forma *sindicato* predominaba sobre la forma *partido*, y en la que la Central Obrera Boliviana (COB) y la Federación de Sindicatos de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) desempeñaron el papel central, se encuentra hoy en crisis debido al resquebrajamiento del bloque en el poder generado alrededor del planteamiento nacionalista revolucionario. La aparición de nuevos actores, el fortalecimiento del sindicalismo en otros sectores como el petrolero o el ferroviario ha desplazado a los mineros como el eje de la acción sindical. Sin embargo, en las palabras de Óscar Salas, dirigente sindical minero invitado a comentar la ponencia, la preparación de la crisis actual comenzó en realidad en 1952 cuando los obreros y los campesinos cedieron el control del movimiento revolucionario a la pequeña burguesía. Esto ha hecho que en la crisis actual, los cambios en la composición social de la COB han derivado en divisiones internas ya que los burócratas y los maestros han aceptado lo que el Estado ha querido dar, sin resistir el cercenamiento de las garantías laborales históricas. Otra crítica al planteamiento de los autores, fue planteada por René Mayorga, quien alegó que se desconocía la responsabilidad subjetiva de quienes tomaron las decisiones que llevaron a la situación actual del sindicalismo. En otras palabras, la pérdida de la centralidad política de la clase obrera es el resultado de circunstancias que no son estudiadas por los autores, que la remiten a procesos estructurales y no a la acción llevada por actores concretos.

En el trabajo de Magdalena Cajías, enfocado en los mineros, se muestra bien cómo se han modificado las condiciones en que actúa el sindicalismo minero. Dicho análisis encuentra que el discurso maximalista de los dirigentes tiene poca receptividad en la base obrera y que la cohesión no resulta tanto de la presencia de un proyecto como de la necesidad de mantenerse juntos para poner en práctica otros proyectos; así, los dirigentes constituyen hoy una pantalla, útil para reorganizar a los mineros y facilitar el abandono de las minas e incluso para representar a otros sectores, como los petroleros o los maestros. La COB transforma así su ubicación en el sistema político boliviano y los que fueran actores centrales de su accionar, los mineros, son desplazados por otros nuevos. Aparecen también nuevos temas como el de la unidad obrero-campesina o las reivindicaciones étnicas que los mineros no consideraban pero que ahora, cuando están débiles, deben em-

plear. A la vez, aumenta la distancia entre líderes y obreros tanto porque pierden la confianza de la base como porque ya no llaman a los obreros para consultarlos. De manera que se comprueba una merma de la capacidad de acción colectiva: cada minero trata de resolver sus problemas individuales sin comprometerse en acciones colectivas para hacer frente a sus problemas. Esta visión no es compartida por Édgar Ramírez, comentarista representante de la FSTMB, que plantea que la crisis del sector minero es coyuntural y refleja las tensiones propias de la transición y no constituye una cuestión irreversible. El problema, según él, es encontrar nuevas fórmulas de organización sindical para responder a la nueva estructura de propiedad del sector minero, que se privatiza cada vez más. Para Sinforoso Cabrera, representante de la COMIBOL, la explicación de la crisis es exógena pero también puede explicarse en función del sectarismo imperante en el sindicalismo minero. Reitera el argumento de Óscar Salas sobre la importancia de la subordinación del actor obrero a la pequeña burguesía en la explicación de la crisis actual. Según Cabrera, la clase obrera se vio obligada a apoyar al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y no pudo mantener el control sobre un proceso político que, sin su presencia, es difícil de explicar. En su intervención, transcrita en el libro, Jorge Lazarte subraya la visión del movimiento obrero minero que presenta Magdalena Cajias, enfocada desde abajo y no desde arriba, a la vez que reconoce que el nacionalismo revolucionario que maneja la cúpula dirigente no es el mismo que el que maneja la base obrera, lo cual se detalla en la ponencia de Lazarte.

En el trabajo de Juan del Granado sobre los obreros fabriles sobresale su afirmación acerca del realineamiento político que ha provocado la aplicación de la política liberal de Paz Estenssoro. Se ha restablecido la dictadura patronal con vigilancia policiaca dentro de las instalaciones fabriles. Los abogados laborales deben tratar los juicios en contra de los trabajadores como si éstos fueran delincuentes. Se han agudizado los despidos, se han relocalizado los dirigentes y el sindicalismo ha salido desarticulado. Se exacerban los mecanismos de explotación de la fuerza de trabajo y se produce una desconfianza de las bases con respecto al liderazgo, al que se juzga corrupto, con altas dietas y sin responsabilidad. Las bases obreras desconfían de sus posibilidades para ejercer la democracia sindical. En el comentario de Felipe Tapia, dirigente sindical fabril, se subrayan algunos aspectos de la ponencia pero a la vez se menciona una cuestión de gran interés: para él, la lógica imperante durante el dominio del MNR inducía a los trabajadores a esperar que las cosas vinieran de arriba sin que fuera necesario luchar por ellas. Según Tapia, la oposición al gobierno de Banzer permitió “defenestrar” al MNR del sindicalismo fabril; así se pudo recuperar la posibilidad de negociar directamente con los patrones los

contratos colectivos de trabajo que hicieron posible la recuperación de las prestaciones obtenidas en periodos anteriores, así como lograr otras demandas como el aumento del salario mínimo. Lo que no quita que, en la actualidad, la hiperinflación de los años de Siles Suazo haya pulverizado dichas conquistas y que las políticas actuales hayan terminado por nulificar los logros del periodo iniciado en 1952.

Por su parte, la visión presentada por María Isabel Arauco acerca de los trabajadores del Banco Central de Bolivia y su acción entre 1982 y 1985 muestra la aparición de un nuevo actor sindical que se organizó rápidamente e inició su activa participación en las luchas sociales demandando peticiones ligadas a la gestión de la administración pública. Los conflictos de los bancarios apuntan hacia un proceso gradual de radicalización que se refuerza por ser el Estado su patrón y por la presencia de la jerarquía como elemento de presión sobre los trabajadores. Sin embargo, se observan grandes ambigüedades en la percepción de los empleados públicos con respecto al Estado: se confunde al gobierno con el Estado y se genera una "guerra" en contra del Estado a partir del propio Estado. El movimiento de los empleados tiene un doble sentido: es a la vez sindical y político, por lo que puede apelar a dos aliados, el sindicalismo y los partidos políticos. Según Eusebio Gironda, la movilización de los sectores medios incluye también a otros actores, como los trabajadores judiciales, los comités cívicos y las juntas vecinales. Asimismo, para él, los trabajadores no comprendieron bien la democracia ni su relación con las clases sociales, el proceso político y el Estado. Menciona también un aspecto oscuro, el de corrupción sindical identificada, en sus palabras, con "los trámites efectuados por dirigentes sindicales a fin de obtener divisas preferenciales para los empresarios que decían combatir. Las donaciones de alimentos y su utilización con fines electorales en los sindicatos, las pulperías baratas, los privilegios de... petroleros, ferroviarios, bancarios y las horas extra acumuladas por los mismos trabajadores" (pp. 206-207).

En cuanto a los campesinos, Víctor Hugo Cárdenas presenta la perspectiva de la organización que dirige, la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) estrechamente identificada con una visión autonomista con relación al Estado. Fundada en 1979 por la fusión del Bloque Independiente Campesino (BIC) y de la Confederación de Trabajadores Campesinos de Bolivia Tupac Katari (CNTCBTK), dicha organización recupera las herencias marxista de la primera y katarista de la segunda. Asociada a los pequeños productores campesino aymarás, quechuas, guaraníes agrupados en comunidades, la organización busca superar las fronteras entre regiones y asumir una acción que entra en conflicto con la lógica "sindicalista" que posee el sindicalismo nacional. Su afirmación étnica es indudable y la reivindicación central pasa por la eliminación del colonialismo interno

que "ha despojado sistemáticamente la identidad histórica de los comuneros". Busca definir una estrategia que sea a la vez sindical comunal y sindical gremial, ambos necesarios en el planteamiento del sindicato campesino.

Podemos resumir lo discutido en el seminario y reproducido en este libro alrededor de las siguientes proposiciones:

a) el logro más importante del sindicalismo boliviano fue, en palabras de Jorge Lazarte, haber "incorporado por la democracia al quehacer político de las masas"; sin embargo, a la vez la ausencia de una caracterización del Estado en términos de clase y la adopción del discurso nacionalista revolucionario impidieron la elaboración de una estrategia política que consiguiera sobrepasar los límites de dicho discurso, ligado a la articulación de las clases en el Estado y a la definición de la nación como situada por encima de las clases. Además, el componente milenarista que adopta el sindicalismo minero, donde el *mito* al que se refería Mariátegui pensando en el papel de la revolución como momento culminante de la unidad obrera, impide la puesta en práctica de un proyecto orientado hacia el futuro y refuerza la focalización en la experiencia histórica del proletariado boliviano;

b) la crisis por la que actualmente atraviesa el sindicalismo boliviano plantea la posibilidad de salir y superar estos lastres y favorece la posibilidad del desarrollo de una acción basada en un planteamiento de clase, comprendido éste en un sentido muy amplio. Se deriva de lo anterior una visión donde se hace necesaria la ampliación de la base de sustentación del sindicalismo que sea capaz de unir lo diverso y de formular nuevas demandas planteadas fuera de la órbita estatal y de exclusivamente sindical. Obliga también a modificar las formas de organización del aparato y a renovar la ideología buscando superar el milenarismo.

Finalmente, cabe subrayar el aporte de Carlos Toranzo en la edición del libro, cuya importancia en la caracterización actual del sindicalismo boliviano se medirá sólo por su impacto en la resolución de los *desafíos* a que dicho movimiento se enfrentará.

FRANCISCO ZAPATA

JOHN ERIC ROEMER, *Analytical Marxism*. Cambridge University Press y Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1986.

Ante la preocupación esencial de difundir críticamente las obras contemporáneas en ciencias sociales producidas en los países centrales, es necesario reconocer que en nuestro continente existen grandes rezagos en cuanto al análisis de libros modernos, fundamentales para el desa-

rrollo de posturas críticas ante el avance de las ideas en el mundo. Su difusión crítica contribuye a cubrir este vacío de una manera precisa. Cabe reconocer, además, que la tarea de difundir estos temas seguramente generará fuertes controversias. Si se acepta que el conocimiento sólo puede avanzar a través de la crítica, no resulta extraño que ésta sea una de las primeras obras en las que es necesario reflexionar. En efecto, el carácter polémico de los tópicos que los diversos autores abordan en estas páginas nos ha obligado a elaborar los siguientes comentarios que, sin pretender llegar a conclusiones definitivas, adelantamos como guía de lectura crítica.

La primera parte, "Materialismo histórico", cubre cuatro extensos problemas o cuestiones analizadas por Karl Marx en diversas obras. El primer ensayo se debe a la pluma de G.A. Cohen y se refiere al problema de la vinculación lógica entre "fuerzas productivas y relaciones sociales de producción". Como apunte crítico a su primera sección, donde discute que la única concepción lógicamente viable del materialismo histórico es la de una explicación funcional, cabría señalar que es necesario rechazar esta postura, puesto que evita considerarlo como un enfoque que hace uso de la dialéctica. Este mismo hecho se refleja en la segunda sección, donde Cohen analiza la lucha de clases como motor de la historia y algunos argumentos que, azorado, construye para rebatir las críticas que se le hacen en el sentido de apoyar una revolución socialista hecha por científicos y tecnócratas (*sic*). Creemos que este trabajo contiene una buena cantidad de reflexiones importantes para el marxismo. Sin embargo, su negativa a profundizar en la perspectiva dialéctica del materialismo histórico genera esa serie de confusiones acerca de sus ideas.

El segundo ensayo, "La base social del desarrollo económico", de Robert Brenner, estudia esta problemática a partir de la visión de la economía política clásica en la obra de Adam Smith. Este artículo realiza un análisis detallado de algunas cuestiones que el ensayo previo deja pendientes. Sobre todo, profundiza en las vinculaciones causales entre relaciones sociales y fuerzas productivas. De forma magistral, Brenner destruye las ideas sobre la transición lineal del feudalismo al capitalismo. No obstante, su investigación no logra cuajar lo suficiente puesto que casi todo el tiempo iguala las relaciones sociales de producción con las de propiedad. Los tres cortes teóricos que especifica a partir del tronco "smithiano", sin duda alguna tienen una importancia central, pero creemos que falta mucho por elaborar sobre las reflexiones de Brenner.

Así como el segundo ensayo intenta señalar el carácter incompleto de la concepción sobre la transición al capitalismo con base en el modo de producción feudal, el tercer trabajo es una crítica a la transición lineal del modo de producción capitalista al comunista. En efecto, Jon

Elster retoma *La teoría del desarrollo combinado y desigual* de Trotsky para mostrar que el paso hacia el comunismo no es automático ni necesario. Aparte de la constante con los otros dos artículos en torno a su rechazo de la dialéctica como método, en éste hay por lo menos dos elementos muy cuestionables. Primero, la idea de que en los países atrasados el costo *de la conciencia de clase proletaria* es nulo. Segundo, faltan apoyos históricos para negar que la condición básica para la revolución comunista es el avance de las fuerzas productivas frente al estancamiento en las relaciones sociales de producción.

El último ensayo se debe a Pranab Bardhan, "Las ideas marxistas en la teoría económica del desarrollo", y tiene por objetivo justificar el uso de herramientas de la teoría económica ortodoxa en el análisis de algunos problemas resaltados por el marxismo. Sin embargo, Bardhan no trata la delicada cuestión referente a la existencia de serios obstáculos epistemológicos internos y su argumentación se dirige contra la inevitabilidad de ciertos "aspectos desagradables" de la trayectoria capitalista seguida por los países de la periferia, en particular la presencia de las empresas transnacionales y de la inversión extranjera directa. Parecería que el autor realizó este estudio antes de la crisis de los ochenta o a espaldas de ella. En verdad, a la luz de la caída en las tasas de crecimiento de los países latinoamericanos así como del aumento de la inflación, el desempleo y otros indicadores del malestar social de las mayorías, esta visión "optimista" de los procesos económicos en el área ha perdido toda validez. Con seguridad, los argumentos en torno a la "impureza" de los modos de producción y a la permanencia de restos agrarios, tienen importancia en la explicación de los atrasos y caídas de los niveles de bienestar social; pero no son menores a los impactos que genera la exacción de todo tipo de recursos por parte del imperialismo.

La segunda parte contiene cuatro ensayos sobre el problema de "Las clases sociales" y en ellos se encuentra que la perspectiva analítica del marxismo está muy lejos de poseer una visión unificada en torno a ese tema.

El primer ensayo de esta parte, escrito por el editor de la obra, trata de "La teoría marxista de la explotación y de las clases sociales". Su preocupación central es encontrar un medio que permita generalizar el fenómeno de la explotación a los distintos modos de producción que han ocurrido en el devenir histórico. En este ensayo se identifican por lo menos tres elementos para caracterizar la situación de cada individuo con respecto a su pertenencia a determinada clase: 1) los niveles de actividad en que el productor conduce él mismo los procesos, 2) los niveles de actividad donde el productor contrata a otros y 3) la cantidad de tiempo de trabajo que el productor vende. Con estos elementos, Roemer traza algunos lineamientos para caracterizar situacio-

nes concretas. Empero, al identificar un principio de correspondencia entre explotación y clase, parecería que la generalización resulta demasiado peligrosa, puesto que apunta a la eliminación del trabajo como variable central del proceso productivo. Pese a ello, resulta bastante interesante su clasificación de la explotación, lo cual se aprovecha en el siguiente ensayo.

En efecto, quizás el segundo trabajo de esta parte, “¿Qué tiene de media la clase media?”, de Erik Olin Wright, es uno de los menos discordantes con el pensamiento marxista original y, por ello, uno de los más fructíferos. A pesar de que al inicio surgen algunos problemas, cuando establece un distanciamiento con respecto a los trabajos sobre la dominación y un compromiso por sostener al fenómeno de la explotación en el núcleo explicativo básico, Wright elabora una tipología con respecto a las estructuras de clase que sin lugar a dudas marcará la pauta para los trabajos futuros que probablemente se realizarán acerca de la explotación y las clases sociales. Asimismo, su manejo del método estadístico es excelente y, apoyado en una sólida teoría, descompone el claroscuro de la estructura capitalista de clases en una gama mucho más rica y esencial tanto para realizar estudios sociales concretos como para identificar posibles coaliciones políticas. Este trabajo facilita el alcance de conclusiones fundamentales con relación a las clases sociales, las alianzas, la propiedad de diversos tipos de activos productivos y la conciencia de clase.

El plano aplicado al estudio de las clases sociales elaborado por Wright tiene un reflejo importante en el plano teórico que muestra Elster con referencia a los “Tres desafíos al concepto de clase social” que hoy enfrenta la teoría marxista. No obstante, la parte medular de este trabajo intenta, en nuestra opinión de manera poco lograda, delinear una definición clara del concepto de clases sociales en la obra de Marx. Basada en ella, el autor procede a cuestionar la validez de este concepto en la estricta unidireccionalidad económica que le atribuye a Marx; para ello utiliza el concepto weberiano de estamento. Del mismo modo, señala la ausencia del análisis del poder en los trabajos de Marx sobre clases sociales, estableciendo el carácter del Estado en las sociedades capitalistas mediante un esquema lógico interesante. Por último, presenta el tercer reto al concepto marxista de clase social: la identidad cultural y la incapacidad conceptual de referir todos los conflictos como determinados en última instancia por las luchas de clases. A pesar de todo, con cimientos endebles, es poco lo que, aparte de regresar a lugares comunes sobre el problema del estatus, el poder y la cultura, logra avanzar este autor en la definición de un concepto que, en la obra de Marx y otros marxistas (por ejemplo, Gurvitch, 1973 y De Giovanni, 1976), es mucho más elaborado de lo que puede aceptar.

Esta parte sobre las clases sociales se cierra con el trabajo de Adam

Przeworski, quien se interroga sobre las razones por las cuales las revoluciones proletarias no han estallado en los países capitalistas desarrollados. A pesar de la originalidad con que se aborda el problema de la transición del capitalismo al socialismo, pensamos que "Intereses materiales, compromiso de clase y transición al socialismo" es uno de los artículos que bien podría haberse excluido de esta serie, debido a que no ofrece los suficientes elementos como para considerarlo dentro de la corriente marxista. Tal vez siñ él la obra podría situarse en ella, pero lo cierto es que su perspectiva de fortalecer el capitalismo a fin de "agotar todas sus posibilidades" para que, finalmente, triunfe el socialismo, equivale a pedirle a los explotados y desposeídos que deben soportar sus sufrimientos porque aún no es el momento de emprender el camino hacia el socialismo. Sin duda alguna, sus esquemas sobre las pérdidas que los trabajadores vivirían por decidir dar el paso hacia el socialismo son importantes, como lo son sus señalamientos acerca de las necesidades materiales. No obstante, el carácter general del ensayo resulta mucho más apologético de un sistema basado en la explotación, que un análisis frío de las consecuencias que la clase trabajadora tendría que pagar en caso de buscar la toma del poder político.

Tratándose de una parte dedicada a las "Cuestiones de método", es fácil comprobar que la tercera reúne tres trabajos que resultan muy esclarecedores sobre el tipo de trabajo teórico que sugieren los "marxistas analíticos" o, por lo menos, su mayoría. El primer trabajo de esta parte, escrito por Roemer, "Marxismo de 'Elección Racional'", aborda algunos problemas de método y contenido. Aquí, el ataque a la dialéctica marxista se vuelve abierto y permite, por ello mismo, descubrir algunas de las directrices eclécticas que sostiene el editor de esta obra. En efecto, Roemer considera que la dialéctica es punto menos que un "mero ejercicio de gimnasia", la cual ha provocado más problemas que logros al pensamiento cristalizado en los escritos de Marx. Si bien es cierto que el uso de la dialéctica es un elemento de discordia en este ensayo y en otras obras (véase, por ejemplo, Benson, 1977, para una opinión favorable y Colleti, 1980, para una opinión en contra), la propuesta de que el marxismo debe aprender mucho acerca de la microeconomía neoclásica no sólo constituye una aseveración carente de realismo, sino que además vuelve a plantear la necesidad de que la perspectiva analítica del marxismo trate de aclarar sobre qué tipo de fundamentos epistemológicos está planteando esta nueva corriente híbrida entre dos posturas filosóficas que, a todas luces, resultan totalmente antagónicas. Un ejemplo de los graves problemas en los que se interna el enfoque adoptado por Roemer es la falta de compatibilidad entre los modelos de equilibrio general y el análisis marxista de situaciones concretas ("desequilibrios"). Empero, tal vez las mayores deficiencias de este enfoque provienen de la igualdad que Roemer postula entre lo

que denomina “la filosofía política liberal de izquierda”, y el marxismo desde la perspectiva por él asumida: más que analítico, liberal. Por supuesto, ello no invalida sus consideraciones sobre los modelos como formas de captar la realidad; aunque sí sustenta la opinión sobre los procesos de apertura mercantil y democrática que están ocurriendo en algunos países socialistas. Sobra decir que este aplauso liberal tiene poco que ver con una postura de clase proletaria. Tampoco tiene que ver con ella el vínculo que se establece entre el marxismo y el nacionalismo en torno al problema del poder. Su mención al derrumbe del capitalismo es, por último, anacrónica.

El siguiente ensayo de esta parte es de Jon Elster, quien busca solidificar sus “Reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y teoría de juegos”. Aunque aclara las distintas formas de explicación en ciencias sociales, no por ello (además de las consideraciones que ya se han hecho al respecto en los esbozos de crítica a los ensayos precedentes) deja de ser evidente que, cuando postula que las clases dominantes no son capaces de influir sobre los prejuicios de los trabajadores, queda de lado una parte esencial que sostiene al sistema: sus aparatos ideológicos. Porque, si se trata de evaluar las motivaciones al interior de cada individuo, es claro que todavía no se han cimentado las bases de esta perspectiva del individualismo metodológico, oculta detrás del interés netamente social o mayoritario que proclama tener esta perspectiva analítica.

El ensayo final sobre cuestiones de método, “El marxismo y la explicación funcional”, de G.A. Cohen, considera la posibilidad de integrar al marxismo como una perspectiva funcional dentro de la corriente dominante de las ciencias sociales (véanse las críticas de Laurin-Frenette, 1970 y de Saldívar, 1987). Este esfuerzo parece útil con el empleo de la teoría de juegos pero resulta poco adecuado seguir sosteniendo que el marxismo es una explicación funcional de la sociedad, lo cual, previene Cohen, no significa funcionalista. Pero le faltan más elementos para demostrarlo.

La cuarta parte trata sobre “El problema de la justicia”, surgido a raíz del último inciso del ensayo previo. Cohen, en “La estructura de la opresión a los proletarios” utiliza la lógica para demostrar que la libertad individual se encuentra en contradicción con la opresión del proletariado. Sin embargo, es una lástima que cambie el concepto marxista de explotación por el neoclásico de utilidad.

En “¿Deberían interesarse los marxistas por la explotación?”, Roemer va más allá e intenta dar una estocada final a la teoría del valor-trabajo con la generalización del concepto de explotación. Tras revisar los orígenes de la teoría de la explotación, define un modelo simple que le permite analizar las teorías de la acumulación, de la dominación, de la alienación, así como la propiedad diferencial de los medios

de producción. A pesar de este intento, la teoría del valor-trabajo continúa siendo relevante en estudios actuales sobre la realidad social, los cuales demuestran que los valores-trabajo tienen fuertes vínculos con los precios de producción relativos (Petrović, 1987). Por último, Alien Wood demuestra que, en torno a la relación de "Marx y la igualdad", Marx nunca propuso ni luchó por ella a lo largo de su vida.

El ensayo de Alien Wood es, en términos políticos, lo que el ensayo de Erik Ollin Wright es en términos teóricos. En efecto, su visión del problema revolucionario real planteado por Marx nos obliga a reconocer en este documento el segundo pilar que sostiene la perspectiva analítica de estos dos ensayos en términos marxistas. Sin embargo, hay que tener cautela si se considera al resto de la obra con la misma conclusión. Por el contrario, la mayoría de los ensayos demuestran, de modo contundente, que la perspectiva analítica es capaz de generar una serie de planteamientos centrales pero, también, que su integración con el pensamiento marxista resulta bastante difícil. Vale decir, tiene mucho de analítico pero poco de marxista. Así lo demuestran los intentos por eliminar conceptos sin los cuales el marxismo carece del hábito que le confirió Marx: el materialismo histórico, único método reconocido por su autor para estudiar las sociedades humanas a fin de transformarlas. Como apunta el mismo Wood, lo que hoy requiere la clase obrera es la mayor claridad respecto a su situación actual y a las formas de superarla. Este simple hecho no parece cuadrar dentro de la mayoría de los ensayos del libro. Hace falta la crítica porque la realidad obliga a cuestionar conceptos y formas de análisis decimonónicos (Smart, 1983) pero no sin un programa político explícito y sin una toma de partido clara, cuestiones en las cuales el liberalismo siempre ha terminado por colocarse del lado de los opresores.

RAFAEL NÚÑEZ

Referencias bibliográficas

- Benson, Kenneth, "Las organizaciones: una perspectiva dialéctica", en *Estudios Sociológicos*, núm. 7, 1977, pp. 85-116.
- Colleti, Lucio, *El pensamiento de Marx*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1980.
- De Giovanni, Biagio, *La teoría política de las clases en "El capital"*, Siglo XXI, México, 1984.
- Gurvitch, Georges, *El concepto de clase social de Marx a nuestros días*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.
- Laurin-Frenette, Nicole, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
- Petrović, Pavel, "The Deviation of Production Prices from Labour Values: Some Methodology and Empirical Evidence", en *Cambridge Journal of Economics*, vol. II, núm. 3, septiembre, 1987, pp. 197-210.

Saldívar, Américo, *La sociología dominante*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987.

Smart, B., *Foucault, Marxism and Critique*, Routledge & Kegan Paul, Londres, Boston, Melbourne y Henley, 1983.

HARLEY SHAIKEN, con STEPHEN HERSENBERG, *Automation and Global Production. Automobile Engine Production in Mexico, the United States and Canada*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, Monograph Series 26, 1987.

El dinámico proceso de restructuración que vive la industria, en particular la automovilística, convierte a este libro en una fuente de consulta obligada y de gran importancia para quienes deseen comprender los cambios tecnológicos, organizativos y laborales que experimenta este sector, así como para entender el proceso de integración económica entre Estados Unidos y México.

El estudio que se llevó a cabo durante 1985 y 1986, en tres plantas de motores de una misma compañía ubicadas en Estados Unidos, el norte de México y Canadá, buscó comparar una planta altamente automatizada y de reciente creación (la de México), con una similar —en cuanto a producto y tecnología— en Estados Unidos, y con una de las más antiguas de la compañía (la de Canadá). Su objeto central consistió en definir los factores de producción relacionados que facilitan o retardan la puesta en práctica de nuevas tecnologías —en el sentido amplio del término— en los “países de industrialización reciente”.

El objetivo de la obra es un tema central para México. Se supone que, con la entrada de la automatización en las industrias muchos procesos que se llevan a cabo en México, sobre todo en las plantas maquiladoras de la frontera norte, dan por sentado el regreso de las mismas a su país de origen. También se aborda la factibilidad de desarrollar en México este tipo de procesos en plantas nuevas o maduras. Esto es relevante ya que la incorporación de nuevas tecnologías y nuevas formas de organización en el trabajo —en diferentes niveles y en forma heterogénea— en casi todas las plantas de automotores extranjeras¹

¹ Durante 1987 se publicaron diversos trabajos sobre la modernización del sector automotriz. Algunos son los siguientes: Yolanda Montiel, “Proceso de trabajo y acción sindical en la Volkswagen de México”, informe de investigación, Centro de Investigaciones Superiores en Antropología Social (CIESAS), julio de 1986; Corinna Kusel, “Condiciones de la introducción de nuevas tecnologías en la producción y estructura de la organización del trabajo en las fábricas automotrices para la exportación en México”, resumen de un proyecto de investigación, agosto de 1986; Arnulfo Arteaga y Jorge Carrillo, “Automóvil, hacia la flexibilización productiva”, en *El Cotidiano*, núm. 21, enero-febrero de 1988.

—ubicadas en el centro o en el norte de México—, así como en las proveedoras de autopartes de aquéllas² es un proceso en expansión. En las empresas actualmente se está discutiendo —tanto en el nivel gerencial como en el de los cuadros medios, en las líneas de producción y en las organizaciones sindicales— las formas de adaptación de los nuevos conceptos flexibles de organización del trabajo y se están negociando las nuevas condiciones contractuales. A mi parecer, y sin temor a afirmarlo, la automatización y la flexibilidad en la organización en el trabajo son los principales cambios en las relaciones sociales de producción que caracterizan a la industria de punta en México en esta década.

El estudio de Shaiken y Herzenberg requirió de un amplio trabajo de campo. Se hicieron dos visitas a la planta de Estados Unidos (llamada A), tres a la de Canadá (llamada C) y cuatro a la de México (expuesta como M), más las visitas preliminares para establecer contactos. Además del análisis global de cada planta, se estudiaron procesos de trabajo en cinco departamentos: el de cigüeñales y de monoblocks en las plantas M y C, y el de monoblocks en la planta A. Se entrevistaron a 19 personas entre gerentes y superintendentes en M, 13 en A y 11 en C. También a trabajadores de los cinco departamentos mencionados: 15 de reparación de maquinaria, 8 electricistas, 5 “otros” y 92 trabajadores de producción. Finalmente, se entrevistaron 9 sindicalistas de los comités ejecutivos.

El libro consta de cinco secciones. En la primera, la introducción, se busca dar relevancia al proceso global de producción en el sector automotriz, haciendo hincapié en el caso mexicano, y se describen los objetivos del estudio y los hallazgos principales. En la segunda, la comparación de las plantas, se describen las diferencias fundamentales entre las plantas y se justifica la selección de las mismas; se mencionan los métodos de estudio y el funcionamiento de una planta de motores; además se contextualizan las diferencias entre las plantas de Estados Unidos y México, y finalmente se compara la actuación de las mismas en cuanto a eficiencia de la maquinaria, productividad (motores por hombre) y calidad (número de reparaciones requeridas). En la tercera sección se analiza la planta en México, centrándose en los factores de localización, tecnología, organización del trabajo y relaciones laborales, y en la selección de la fuerza de trabajo y capacitación. Finalmente se analiza el funcionamiento de las plantas. En la cuarta sección se analizan las plantas de Estados Unidos, destacando los objetivos de las gerencias de departamentos y lo que sucede en los talleres, con refe-

² Sobre la restructuración en la industria de las autopartes, véase Kurt Unger, “Industria automotriz: México bajo el cambio tecnológico”, en *Foro Internacional*, vol. xviii, núm. 1, julio-septiembre de 1987.

rencia al área gerencial, a las normas de trabajo, a las categorías o niveles existentes, a la calificación, a los tiempos extra, al mantenimiento menor y al trabajo lento. Por último, se presentan unas breves consideraciones en las que se concluye que, en la medida en que las industrias de Estados Unidos sigan automatizándose, la producción en el extranjero seguramente crecerá en vez de decaer.

Los resultados del estudio comparativo son muy reveladores. En el nivel más general se concluye que son tres los elementos que permiten comprender la restructuración y su impacto: la influencia de la calificación y la experiencia en la actuación o evaluación del funcionamiento de las plantas, el nivel de infraestructura industrial necesario para apoyar la manufactura avanzada, y el efecto de la organización del trabajo en la producción.

En un ámbito más concreto, se observa que el nivel de actuación es comparable en las plantas mexicanas con las estadounidenses en cuanto a eficiencia de la maquinaria (80% para el primer caso), productividad (75%) y calidad (casi igual, a pesar de tener 2.5 años de operación la planta en México). A pesar de que la planta M tiene una mano de obra mucho más joven, sin experiencia laboral anterior y que la planta se ubica en una vasta región no industrializada, el nivel de actuación —decíamos— es comparable entre las tres plantas. Los autores concluyen que esto es posible gracias a su flexibilidad, “virtualmente sin límites”, superior, con creces, a la de las plantas estadounidenses.

De ahí que las nuevas formas de organización del trabajo sean esenciales para el éxito de estas plantas. Las de motores —encuentran Shaiken y Hersenberg— requieren de altos niveles de calificación, particularmente en mantenimiento y reparación de equipo. Pero se preguntan, ¿cómo desarrollar esta calificación en tan poco tiempo si se trata, en el caso mexicano, de una mano de obra inexperta, la maquinaria es tecnológicamente compleja y la infraestructura industrial es débil? La respuesta —encuentran los autores— son las estrategias empresariales para el reclutamiento de la fuerza de trabajo “bien educada” y “altamente motivada” en la planta de México, y en cuanto a la capacitación, proveyendo un entrenamiento intensivo antes de entrar a operaciones directas.³

Diversos cambios se presentan, por tanto, para subsanar las deficiencias mencionadas en la planta M, y así poder lograr la comparabilidad con las estadounidenses. Es decir, trabajadores con niveles superiores de escolaridad e intensamente capacitados por la empresa

³ Para ello cuentan con cursos y capacitación en plantas del extranjero y mantienen un importante centro de capacitación para el trabajo, financiado por el gobierno del Estado.

permiten la flexibilidad requerida para el nivel de automatización de la planta, y alcanzar los niveles de productividad y calidad necesarios para competir internacionalmente.

Entre los cambios principales se encuentran: la fuerte actuación de los gerentes y superintendentes que realizan diversas actividades (de diseño, mantenimiento y reparación) que en las plantas de Estados Unidos efectúan trabajadores calificados. Se presentan cambios en las normas de trabajo (encaminadas fundamentalmente a reducir los tiempos muertos y a dar flexibilidad a las actividades), en el contrato colectivo (reduciéndose los niveles del tabulador que ya se tenían en la planta del centro de México), en las relaciones con el sindicato (más cordiales y sobre todo buscando la coparticipación) y con los trabajadores (propiando una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones). Así, las reglas y la organización de trabajo se convierten en el *centro* de los esfuerzos de la compañía para incrementar la eficiencia y disminuir los niveles de resistencia a la producción.

El atractivo de México para las empresas extranjeras, sobre todo de alta tecnología, ya no es solamente la mano de obra barata sino los bajos costos unitarios, señalan los autores. Éstos están compuestos, en las plantas de motores, por costos salariales, productividad y alta calidad, factores esenciales para determinar no sólo las utilidades sino la participación en el control del mercado mundial. El costo de la mano de obra representa teóricamente, el 2% del valor total de la producción en plantas de motores automatizadas, por lo que gran parte de la rentabilidad buscada, recae en la maquinaria, que absorbe la mayor parte del valor. De esta manera, la eficiencia —productividad y calidad— con que los trabajadores operen las máquinas automatizadas es crucial para el éxito de las plantas. El logro de una mayor productividad por medio de una mayor reglamentación, y de mayor calidad a través de una mayor participación, son el foco de atención de la organización en la planta M.

Otros cambios en la planta M, en comparación con las plantas A y C, son las relaciones sindicales. Mientras que en Estados Unidos y Canadá los sindicatos tienen más años de existencia y mejores contratos, en la planta de México se ha logrado un contrato muy flexible. Shaiken y Herzenberg señalan: "El contrato colectivo es la pieza clave de las relaciones laborales". Diecisiete meses antes de firmarlo, se iniciaron contactos y negociaciones con el sindicato nacional de esa empresa en el Estado de México y con la delegación de la CTM en la ciudad que habían seleccionado. Todo ello para consolidar el modelo de contrato colectivo propuesto.

Los diversos cambios llevados a cabo en la planta M, incluso tienen que ver con el espacio ocupado. Mientras que una planta con tecnología similar en Estados Unidos tiene una extensión de 1.3 millones

de pies cuadrados, la de México cuenta con 750 000 pies cuadrados (p. 46).

Un gran acierto de los amores es mostrar el estado de la tecnología en las diferentes plantas. En el caso de la planta de México, un complejo sistema conformado por robots; almacenamiento, inventario y alimentación automatizados de las líneas; control estadístico de proceso en la calidad, y el trabajo en grupos, dan cuenta de que la planta M de motores es la más automatizada de la corporación. El gerente de esta planta señaló a los autores que algunos procesos altamente automatizados fueron utilizados por vez primera por la corporación en esta planta de motores (p. 44).

Para finalizar quisiera reiterar el que, en mi opinión es el mayor aporte del libro de Shaiken y Herzenberg: la difusión de la automatización flexible en países subdesarrollados como México. Del análisis de las plantas M, A y C hemos resaltado la de México por razones obvias. La pregunta central, ¿de qué manera se logra la competitividad internacional, de tal forma que sea conveniente establecer plantas altamente automatizadas en México?, queda definida por los autores gracias a la flexibilidad: a) de la mano de obra: nueva, joven, sin experiencia laboral, con mayor nivel educativo y capacitación, y sin prejuicios contra la automatización; b) la amplia descripción de los puestos de trabajo y de la polivalencia de los trabajadores para poder desempeñar cualquier puesto de trabajo, y un sistema dual de categorías sin líneas de demarcación, y c) contractual, basada en relaciones de cooperación entre sindicato y empresa, y, sobre todo, en la ausencia del sindicato en la determinación de aspectos de la producción.

La flexibilidad en el trabajo se convierte, por tanto, en la piedra angular para lograr la eficiencia (en productividad y calidad) requerida en el competitivo mercado mundial. Falta, en todo caso, analizar si la flexibilidad en el trabajo tiene un comportamiento constante o si por el contrario está inserta en un proceso de "estira y afloja" entre la empresa y el sindicato, y entre supervisores y trabajadores de producción.

JORGE CARRILLO

ALPHONSE PINKNEY, *The Myth of Black Progress*, Cambridge University Press, Nueva York, 1984.

Este libro es, según nos dice Pinkney en el prefacio, un intento de evaluar el estatus actual de los afroamericanos en los Estados Unidos en comparación con el de los blancos. Pinkney inicia su libro recordando que hay una gran diferencia entre la igualdad en la teoría y en la práctica; aunque las leyes civiles adoptadas entre 1954 y 1968 (el movimiento

de derechos civiles) han concedido a los negros igualdad ante la ley, para la mayoría de los 25 millones de ciudadanos de color de los Estados Unidos los beneficios en realidad han sido mínimos.

Sin embargo, algunos científicos sociales sostienen que los negros han logrado avances muy importantes, y que hasta gozan de algunas ventajas sobre los blancos; otros, en cambio, opinan que los negros no avanzan, pero por su culpa, porque son flojos. Pinkney propone la necesidad urgente de demostrar empíricamente que muchas de las creencias acerca de los negros son mitos.

Walyer Stafford, autor del segundo capítulo, señala que el progreso de los negros se ve amenazado actualmente por el deterioro económico general y por el "nuevo conservadurismo". El primero ha provocado una disminución de los bienes que se pueden distribuir entre los diferentes grupos sociales y los negros no tienen puestos en el gobierno que les permitan proteger los avances logrados. En cuanto al nuevo conservadurismo (del que destacan tres grupos importantes: la nueva derecha, formada por los políticos conservadores que han reafirmado su posición; la derecha religiosa, integrada por grupos como la *moral majority*, encabezada por Jarry Falwell, y los neoconservadores, es decir, los antiguos intelectuales liberales que se han movido hacia la derecha, adoptando ideas conservadoras), Stafford señala que su peligrosidad para los negros reside, sobre todo, en su llamamiento para un retorno "al respeto y la autoridad", lo que significa que las instituciones que se tendrían que respetar contendrían muchos aspectos del racismo en sus procesos de tomar decisiones.

Stafford concluye que los negros no se han enfrentado a los desafíos que presenta la política neoconservadora porque "el liderazgo negro moderado se está aislando progresivamente de las demandas más generalizadas por cambios sociales, políticos y económicos" (p. 45).

El tercer capítulo está dedicado al debate entre raza y clase, e intenta responder a la cuestión de si la clase o la raza es la variable más importante en las relaciones racistas en Estados Unidos. Los afroamericanos, señala Pinkney, están sometidos tanto a la opresión racista como a la explotación económica. Descarta la idea de que el capitalismo sea la causa del racismo y de la explotación económica de los negros; explica que, como el racismo "ataca la identidad más directamente y más comprensivamente que la opresión clasista", es imposible "reducir" las relaciones racistas a relaciones clasistas. Pinkney acepta que la lucha de clases puede explicar una parte de la antipatía hacia los negros en Estados Unidos, y reconoce que una de las funciones del racismo es la subyugación de todos los trabajadores por la clase dirigente. Sin embargo, dice que la lucha de clases es insuficiente para explicar las relaciones racistas, y que con frecuencia el racismo es el único factor responsable de la opresión de los negros. Concluye que

el hecho de que los negros tengan menor éxito que los inmigrantes europeos se debe a su color, y no a su clase. Apoya su afirmación en la importancia de la cuestión racista en el siguiente capítulo, donde aclara que el prejuicio es una actitud y la discriminación es un comportamiento; y aunque estudios sociológicos demuestran que las actitudes de los blancos son un poco menos racistas, la discriminación continúa. Las áreas donde ésta mejor se refleja son la vivienda, los servicios médicos y en los índices del desempleo.

A pesar de que Pinkney sostiene que la posición de clase afecta menos a los negros que su color, declara que mientras la sociedad norteamericana esté basada en clases, los miembros de las minorías serán víctimas de la opresión, y que “la erradicación del capitalismo se ve como una condición no sólo necesaria sino suficiente para la eliminación tanto de las actitudes prejuiciadas como del comportamiento discriminatorio” (p. 59). Esta afirmación contradice lo que plantea en el segundo capítulo. También es contradictoria la manera en que va analizando la situación actual de los negros, pues casi todo el análisis se basa en cuestiones económicas, elaboradas en términos clasistas. Pinkney examina la situación de la clase media negra y la de la *underclass*, pero no se atreve a mencionar a la clase alta negra que explota igualmente a los negros pobres como toda la clase capitalista.

En cuanto a la clase media, Pinkney estima que alrededor del 20 o 25 por ciento de los negros pertenecen a este grupo. Es decir, que ganan un sueldo anual de entre 15 000 y 24 999 dólares. Examina el estilo de vida de este grupo y señala que es más parecido al de la clase media blanca que al de los negros pobres y afirma que la clase media negra está cada vez más alejada de los negros pobres, acusando a aquéllos de haber olvidado sus orígenes. Sin embargo, concluye que “a pesar de la tensión en las relaciones parece existir poca evidencia para apoyar la noción tan difundida de que el conflicto entre las clases en la comunidad negra puede semejar a una guerra de clases” (p. 114).

Luego Pinkney plantea la cuestión de la *underclass* negra, es decir, los subeducados, los desempleados, que no tienen la posibilidad de integrarse a la sociedad en su conjunto. Explica que este grupo está comprendido por hombres y mujeres de todas las edades, pero que la mayoría son varones jóvenes. Pinkney destaca la discriminación como el factor más importante para mantener subyugado a este grupo. Y, para explicar su desempleo, señala primero que “los empleos que tradicionalmente habían sido asignados a los negros han sido ocupados en las últimas décadas por los trabajadores indocumentados que han entrado al país”, porque aceptan sueldos menores que el mínimo. Añade que el ingreso de las mujeres blancas al mercado de trabajo también ha contribuido al incremento del desempleo de los negros. En el primer capítulo Pinkney declara que no es justo culpar a los negros por

el hecho de que no progresen. Pero parecería que él quiere culpar a otros grupos explotados, como las mujeres y los indocumentados.

En los capítulos ocho y nueve, Pinkney se dirige a los problemas educativos y al "racismo al revés". En cuanto a la educación, Pinkney opina que es una de las áreas donde los negros han progresado más, pero nos dice que este avance es algo decepcionante porque, aunque más negros están registrados en cursos de educación superior, casi la mitad están en las universidades comunitarias que, en su opinión, se están volviendo instituciones para los marginados de la sociedad. La idea del "racismo al revés" o la "discriminación al revés" es la noción de que los negros, por medio de los programas de "acción afirmativa" (la práctica de reservar algunos puestos en las empresas y las universidades para los negros y otros grupos minoritarios), gozan de ciertas ventajas frente a los blancos. En los últimos años, algunos blancos han alegado en las cortes de justicia que sufren por el racismo al revés; y han ganado sus casos. Pinkney nos recuerda que el gobierno da preferencia a varios grupos en diversas formas (los veteranos y los minusválidos, por ejemplo), y que "negar estas preferencias a las víctimas de siglos de opresión por la sociedad puede considerarse un acto grosero de crueldad" (p. 155). Sin embargo, muchos programas de acción afirmativa han sido reducidos o aún discontinuados. Así la idea de la discriminación al revés ha servido para perpetuar la posición subordinada de los negros en los Estados Unidos.

En su conclusión, Pinkney dice que el futuro para los negros en Estados Unidos no es promisorio, porque forman una minoría con pocos recursos; y advierte que "si las condiciones imperantes no mejoran es posible que la vida urbana en América empeore, para ponerlo suavemente" (p. 178). Así nos advierte de la llegada de un nuevo movimiento racista, el cual será violento. La única manera de evitar esto, señala, es mejorar las condiciones de vida de los negros. Pero no nos ofrece un plan para evitar lo primero ni una llamada para iniciar lo segundo.

La descripción que presenta Pinkney acerca de la situación de los negros es acertada, y su estudio sobre el mito del racismo al revés muy bien articulado. Ya era hora de que alguien aclarara esta problemática. Pero su análisis sobre las causas de esta situación es débil, lleno de contradicciones, y hasta peligroso para el futuro progreso de los negros. Su posición frente a los otros grupos explotados ayuda a mantener e incrementar las divisiones entre ellos y los negros, lo que contribuirá a su explotación. La ausencia de una buena explicación de las causas de la situación actual de los negros, junto con la falta de un plan de acción, deja al lector con muchas dudas sin resolver.

CARLENA G. BURNS H.

DEREK GREGORY Y JOHN URRY, *Social Relations and Spatial Structures*, St. Martin's Press, Nueva York, 1985.

El siglo XIX escenificó la emergencia tanto de la geografía humana como de la sociología en sus formas constitutivas. Mientras que en aquella época el debate fundamental era establecer una demarcación con las ciencias naturales, ya para los inicios del presente siglo el debate y el diálogo enfrentaron a aquellos que buscaban establecer la ciencia integral de la geografía humana —cuyo principal exponente fuera Paul Vidal de la Blache— y otros que, como Emile Durkheim, delineaban los elementos fundamentales de una morfología humana. Sus enfoques y contextos intelectuales los separarían inevitablemente, pero había un sustrato común en la búsqueda de bases normativas y propositivas que explicaran la acción humana deliberada y lo que ahora se conoce como su contextualidad. No sólo había un problema por entender: la actividad social como acto deliberado y volitivo, sino su inserción en estructuras espacio-temporales que se delimitaban mutuamente.

Otros científicos sociales como Max Weber, Sombart o el mismo Marx, al igual que urbanistas, geógrafos, historiadores y economistas, buscaron también constituir una ciencia de la sociedad que, como la geografía —entonces ciencia del espacio— la sociología, o la antropología —ciencias de la cultura—, delimitaran sus objetos de conocimiento a partir de ámbitos espacio-temporales —como la ciudad para la sociología urbana— o que tuvieran, en síntesis, elementos teóricos y empíricos propios en su conocimiento y explicación de los fenómenos sociales.

En sus esfuerzos por demarcar el campo de sus disciplinas retornaron a las propuestas filosóficas de Hegel y del propio Kant, sobre la relación entre las estructuras categoriales del espacio y el tiempo y las formas de la acción humana. El debate entre el inevitable dualismo kantiano y la síntesis de Hegel ha permanecido como piedra de toque en la fundamentación de las ciencias sociales. Desde entonces uno de los problemas centrales de nuestras ciencias ha consistido en establecer las necesarias determinaciones entre lo social-humano y lo espacial. No se ha abandonado una suerte de naturalismo, a pesar de que esfuerzos positivistas y funcionalistas intentaron resolver los problemas de fundamentación en una corriente que relegaba la “intervención” de lo espacio-temporal en la acción colectiva.

A pesar del esfuerzo positivista, se desarrolló una cierta dualidad entre aquellos geógrafos que buscaron una ciencia explicativa de las estructuras espaciales en sí y por sí mismas, y aquellos sociólogos que siguieron una disciplina de lo social o lo cultural explicado en sus propios lincaamientos. Así, aquellos que continuaron en el positivismo y el funcionalismo desarrollaron una concepción del espacio como cierto

epifenómeno de la intencionalidad de la acción humana, o al menos de la estructura social, como si esto fuera un reflejo o un producto de éstas.

Esta concepción que abandonaba o negaba el problema de la estructuración espacio-temporal de la acción tuvo un enorme auge, incluso entre las corrientes más polares. Desde la sociología interpretativa, la fenomenología, la hermenéutica hasta ciertas formas de estructural-funcionalismo, o la misma corriente de la economía política regional, consideraron sólo marginalmente la cuestión del espacio "producido".

Fue sólo hasta que surgieron corrientes críticas de dichos enfoques, entre las que destacaron las originadas en la teoría de la estructuración, o aquellas que buscan una fundamentación unitaria de las ciencias humanas, cuando volvió al centro de la discusión teórica y empírica la (inter) conexión entre relaciones sociales y estructuras espaciales; entonces se reorientó la investigación considerando este problema como el núcleo central de las ciencias.

Precisamente a este avance teórico ha contribuido el desarrollo de investigaciones empíricas: los estudios sobre la constitución de áreas de desarrollo desigual en la economía; los trabajos sobre la reestructuración internacional de la división del trabajo; la formación de movimientos sociales pluriclasistas y definidos por sus contornos regionales o movimientos de clase delimitados geográficamente; incluso los recientes estudios sobre la transformación de los poderes del Estado en el mundo contemporáneo han dado luz acerca del papel que las estructuras espacio-temporales tienen en la formación y reproducción de la acción social cotidiana. Esto ha producido, entonces, un cambio en la concepción del espacio en las disciplinas sociales, donde ya no se le ve como una simple área o contexto de desarrollo de la actividad humana, sino más bien como un medio por el cual y a través del cual las relaciones sociales se constituyen y reproducen, como uno de los aspectos centrales del problema del orden social.

La presente antología es un esfuerzo por discutir y reorientar los estudios sobre las estructuras espaciales y las relaciones sociales. Por supuesto que la magnitud de la cuestión rebasa el alcance de los trabajos presentados, y limita la discusión a cuatro tópicos, sostenidos fundamentalmente por un enfoque realista de las ciencias sociales: en primer lugar se analizan las implicaciones del paradigma realista en el estudio de las relaciones entre "lo social" y "lo espacial", así como la búsqueda de nuevas estrategias de conocimiento en esa orientación; en segundo lugar se discuten las consecuencias de la incorporación del espacio en la teoría social marxista y en otras corrientes. Posteriormente se estudia la estructuración espacial de las clases y de otras fuerzas (actores) sociales; finalmente se explora el significado de una nueva geo-

grafía temporal y sus aplicaciones en una teoría social propiamente contextualizada.

Los distintos artículos tratan con profundidad varios de los temas enunciados. Su calidad y el trabajo previo de los autores acrecientan el interés por la obra. Como es de esperar, no presentan un esquema o una dirección unificada y proponen, apenas, una agenda mínima de tareas a seguir en la búsqueda de una cierta orientación comunitaria en el campo de la investigación teórica y empírica.

Sin embargo cabe destacar el interés de estos autores en constituir una cierta unidad en el tratamiento científico de la acción humana, y su necesaria vinculación con las estructuras espacio-temporales.

Dooren Masey recorre críticamente la cambiante concepción del espacio en la geografía contemporánea, y estudia el papel explicativo de los patrones espacio-temporales en la acción social dentro de la geografía.

John Urry continúa el examen de la estructura espacio-temporal de la actividad humana, haciendo un análisis de la economía y la sociedad civil en la sociedad capitalista contemporánea; su análisis se centra en tres aspectos: la distribución espacio-temporal de los eventos; la estructuración de las entidades sociales y las cambiantes relaciones entre dichas entidades.

Posteriormente, Andrew Sayer estudia la estructuración espacio-temporal de las entidades sociales; discute el concepto de espacio y destaca la importancia de identificar relaciones contingentes y necesarias en las estructuras espacio-temporales, para establecer la diferencia que el espacio provoca en la acción social.

A pesar de la propuesta de Sayer en el sentido de descartar el dualismo kantiano entre espacio y sociedad, Peter Saunders niega la posibilidad de establecer y diferenciar entidades socio-espaciales; esto lo logra a partir de una crítica de la sociología urbana. Propone, en cambio, una sociología que elimine la supuesta autonomía de lo espacial —por ejemplo, lo urbano—, y en cambio se concentra en los *contextos* (espaciales) de procesos sociales, sean localizados o generales.

Pero la polémica sobre la utilización del espacio en las distintas corrientes teóricas no está resuelta en la aceptación de una propuesta en favor o en contra de una sociología *a-espacial*. Edward Soja vuelve a proponer que existe una cierta esencia espacial en la actividad humana, y que debería dilucidarse una comprensión materialista del espacio socialmente producido que, para el autor, está delineada en la tradición marxista francesa (Lefebvre).

David Harvey lleva los argumentos de Soja y Sayer más allá al afirmar que la integración del espacio y la geografía en las ciencias sociales tienen necesariamente implicaciones en las proposiciones centrales de toda teoría social. Harvey realiza entonces un estudio histórico geo-

gráfico del capitalismo y los momentos de tensión y desarrollo en los espacios económicos en la expansión de dicho sistema. A la propuesta de las contradicciones inherentes al sistema capitalista intenta agregar una dialéctica de la relación sistema económico-geográfica temporal.

El trabajo de Harvey proporciona un lincaamiento general para los artículos subsiguientes, donde Richard Walker analiza la formación de las clases en el capitalismo como un proceso geográfico, donde se constituye en el uso social del espacio.

Alan Warde intenta profundizar estos argumentos ilustrando algunos cambios histórico-geográficos en la estructuración de las relaciones sociales de trabajo.

Por su parte, Philip Cooke en su estudio de caso acerca de la geografía del trabajo del sur del país de Gales, argumenta que las fronteras regionales están ampliamente codeterminadas por los contornos de las prácticas de clase dominante. Ray Pahl refuerza los avances de Cooke, mostrando que el desarrollo de la actividad social no puede verse sólo por el despliegue económico, sino también por las tradiciones y la cultura cotidiana que está envuelta con formas específicas de división espacial del trabajo.

Entre los esquemas conceptuales, las nociones espaciales de lugar (*place*) han tenido una utilización creciente, en especial en los actuales esfuerzos de la teoría de la estructuración. Anthony Giddens contribuye con un artículo donde muestra cómo la estructuración de los sistemas sociales está fundamentalmente constituida en espacio y tiempo. Giddens considera de primera importancia proveer a las ciencias sociales de un esquema conceptual donde se dilucide con rigor el concepto de lugar (*place*), de manera que pueda sustentarse en el enfoque clásico de la geografía temporal de Hågerstrand. Para el autor, *place*, no puede utilizarse sólo para designar un punto en el espacio, sino que debe considerarse como un conjunto espacial de formas de interacción social; por ello prefiere sustituir el término por el de *local*, donde las propiedades de estos conjuntos —i.e. la distribución de las condiciones de interacción en tiempo-espacio—, son utilizadas por agentes en la formación de “encuentros (*encounters*) entre espacio y tiempo.

El artículo de Derek Gregory continúa con una línea similar a la teoría de la difusión de Hågerstrand; critica la noción de espacio del mismo y proporciona así un marco para la ejemplificación que hace Alan Pred, donde integra nuevos enfoques de la geografía con la teoría de la estructuración. Para Pred, el lugar, el espacio, siempre representa un producto de la interacción humana: toda transformación del espacio envuelve un cambio en la sociedad. La intersección de trayectorias individuales y de proyectos institucionales en el espacio y el tiempo está apoyada (contextualizada) en la producción y reproducción de las estructuras de relaciones sociales.

Para finalizar la compilación se presenta un artículo de Nigel Thrift sobre la posibilidad de conocimiento (cognoscibilidad) de la acción humana como un componente fundamental en la construcción de una teoría de la acción social contextualizada.

El esfuerzo conjunto consiste en relacionar la geografía humana y la teoría social en una disciplina que, a decir de Braudel, debería utilizar más la noción de espacio en una concepción cada vez más geográfica de la humanidad.

ARTURO ALVARADO M.

